

la nación, al insensato
valido...

D.^a BLAN. —Vamos, tú sueñas!

Derribar á ese funesto
opresor, tú, que aquí llegas
pobre, oscuro!...

RAM. —Tales lauros

alcanza la inteligencia.
Pero viene el Conde-Duque
y es preciso que no sepa
nuestro amor. Tendré que hablarle.
Adios.

D.^a BLAN. —Que Dios te proteja! (Váse)

RAM. —Sondearle es conveniente
antes de empezar la guerra.

(Ocúltase tras las colgaduras.)

ESCENA VI.

(Entra el Conde-Duque contoneándose, y de vez en cuando se detiene. Ramiro le observa, despojándose del dominó.)

CONDE-DU. —Yo soy el hombre más grande
que ha nacido de mujer,
porque sé regir dos mundos:
uno llevo en cada sién,
y la cabeza ceñida
de inmarcesible laurel.
Que vengan todos los sábios
desde Moscou á Jerez;
vengan todos los nacidos
y los que están por nacer;
los presentes, los futuros,
los pretáritos también,
y veamos si consiguen

conquistar tan alta prez. (Una pausa.)

Yo ya tengo en un bolsillo
á la Reina, en otro al Rey;
mi rival está ocupada
sólo en hilar y coser,
tomando tan noble ejemplo
de la primera Isabel;
Felipe tiene un serrallo
que envidiara Abd-el-Melek,
y sometido al influjo
seductor de la mujer,
no se ocupa del gobierno;
mi voluntad es la ley.
Ese rival insensato,
ese ministro francés,
Riche-lieu siempre habrá sido,
Pauvre-lieu yo le he de hacer.
Soy dichoso, soy dichoso;
vamos bien, vamos muy bien. (Lee el cartel.)
Más, por Cristo, que me admira
lo que anuncia este cartel.
Dónde estamos? El Rey obra
sin tomarme parecer?

(Ramiro, despojado del dominó y vestido de aldeano, se acerca al Conde-Duque presentándole una carta.)

ESCENA VII.

El Conde-Duque. Ramiro.

RAM. —A tus plantas, gran señor.

CONDE-DU. —Hablaste á la usanza antigua.
(Ap.) Con respeto y con temor
se me acerca el estantigua.

RAM. —Vengo de parte de un hombre

que quiere à vüecencia tanto!...

(Le dá la carta.)

CONDE-DU. —Cómo tiembla! Ya mi nombre
infunde pavor, espanto.

(Guarda la carta sin mirarla.)

RAM. —Vos sois la ley en persona.

CONDE-DU. —En persona yo la ley!

RAM. —Y aunque estais sin la corona.

CONDE-DU. —Mira que no hablas al Rey.

RAM. —Perdonad; bésoos la mano.

CONDE-DU. (Ap.)—Será imbécil? Tiene buenos
recursos!

RAM. —Sois soberano
sobre poco más ó menos.

CONDE-DU. (Ap.)—Parece más bien un loco.

(Alto.) Tú no sabes dónde estás.

Yo el Rey... yo?... (Muy ufano.)

RAM. (Inclinándose.) —Y he dicho poco.
Quito el menos, dejo el más.

CONDE-DU. —O el querer que entre en razón (Ap.)
es pedir al olmo peras,
ó es éste un gran bellacón
que adula, pero de veras.

RAM. —Pienso que á su... Magestad
coronado habré de ver...

CONDE-DU. —Acaso digas verdad.

(Ap.)—Si no soy Rey podré ser...

RAM. —Vüecencia que tanto vale
debe reinar... y muy pronto.

CONDE-DU. —Será verdad? Sí, que sale (Ap.)
de entre los labios de un tonto.

(Alto.) ¿Y vienes bueno?

RAM. —En un burro
que me trajo ayer al trote

llegué bien.

CONDE-DU. (Ap.) Qué tal discurro?...

Es tonto de capirote.

No lo dije?

RAM. —Me ha molido

por lo bravo y trotador;
pero es bueno, bien nacido
y de uced muy servidor.

CONDE-DU. —Por vida de Balcebú
que es delicioso tu cuento;
pero apeándote tú
me apeas el tratamiento.

RAM. —Teneis razón, ¡ay de mí!
Soy un topo. Perdonad.
El crimen que cometí
es de lesa vanidad.

Como antes os dije mucho,
y vos sois hombre modesto,
rebajé; yo estoy muy ducho
en contar, y sumo y resto.

CONDE-DU. —Semi-tonto semi-sábio,
eres un viviente enigma:
ora me adula tu labio,
ora marcas con estigma
mi frente.

RAM. —¡Yo soy un tipo!

CONDE-DU. (Aparte.) ¿Será que tonto se finge?...

Pero yo, moderno Edipo,
sabré vencer á la esfinge,
y andaré con gran cuidado
pues por las trazas infiero
que es este un lobo encerrado
en una piel de carnero.

(Alto.) Y tú querrás dar esmalte
con tu ingenio á la nación.
¿Buscas un cargo?

RAM. —El que salte,
desde ministro á bufón.

CONDE-DU. —Tienes bastante arrogancia.

RAM. —No señor, ni de eso trato;
pero en puestos de importancia
¿quién no ha visto á un mentecato?
¿Qué tonto capaz no es hoy
de hacer una suerte inmensa?
Mi desgracia es que no soy
tan tonto como se piensa.

CONDE-DU. —Es verdad.

RAM. —¡Qué entendimiento
el de ucencia!... No os injurio...

CONDE-DU. —Si alcanzara tu talento
para hacer de dios-Mercurio...

RAM. —Probaremos: yo imagino
que puede un hombre de bien
desempeñar el destino
de proveedor del harem.

CONDE-DU. —Y más tú... sin adularte
que tantas dotes reunes.
(Ap.) Lo conocí: todo el arte
estriba en frases comunes.

RAM. —En esto yo no me mancho,
y aunque rudo y algo necio
tengo gancho, y para gancho
de damas no tengo precio.

ESCENA VIII.

Los mismos. D. Juliá vestido de mujer.

D. JUL. —Bésoos la mano y el pié. (A Olivares.)

CONDE-DU. —Dios te guarde. (Ap.) A tiempo llega.
(Alto.) Te presento...

D. JUL. —Decid qué.

CONDE-DU. —Un neófito, un colega,
(Lo hace una seña maliciosa.)

D. JUL. —Pero señor; un patán,
si la presencia no miente,
¿podrá decirle su afán
á dama medio decente?

RAM. —Como uced, hembri-varón,
á juzgar por su presencia,
llevará la dirección
no habrá en ello inconveniencia.

CONDE-DU. —A doña Blanca del Haro
adora el Rey.

RAM. (Ap.) —¡Dios me asista!...
¡Mi dama!

CONDE-DU. —Luego...

RAM. (Alto) —Está claro.

Será mi primer conquista. (Con intención.)
Supongo que esa doncella
no será de las que piden.
Y es del Haro. Pues á ella
le haré yo entrar por el *idem*.

D. JUL. —Es rústico.

CONDE-DUQ. —¡Vive Dios!
pero no te lo decía.

D. JUL. Por el *aro*. Ya veis vos.
No sabe ni ortografía.

CONDE-DU. —Nada.

RAM. —Y pues yo no me ensucio
emprendiendo este negocio,
la pondré sobre mi rucio
sin ayuda del consocio.

- CONDE-DU. —Del burro está enamorado,
pues tantas veces le nombra.
- RAM. —Estoy más, estoy casado.
- CONDE-DU. { —¡Já, já, já!
- D. JUL. {
- RAM. —Y él es mi sombra.
- CONDE-DU. —Es un simple.
- D. JUL. —Come paja.
Pongo la mano derecha.
- RAM. —Mi pollino es una alhaja
desde la cruz á la fecha.
- CONDE-DU. —Hoy está de buen talante.
- D. JUL. —Y es hombre de más talento
que su burro.
- RAM. (Señalando en redor.) —No; delante
de todos va mi jumento.
- D. JUL. —Mucho podría adelantar
este mozo con las niñas,
porque les ha de enseñar
cómo se cavan las viñas.
- CONDE-DU. —¡Qué gran figura! ¿No ves?
Parece la del dios ciego.
- D. JUL. —¿Y serás aragonés?
- RAM. —No señor, que soy manchego.
- D. JUL. —Mancheguito no manchado,
en la corte harás carrera. (Se vá.)
- CONDE-DU. —Pero el momento ha llegado.
El Rey viene; salte fuera. (Se vá Ramiro.)

ESCENA IX.

El Conde-Duque. Entran el Rey y la Reina con su acompañamiento de damas y cortesanos, sin máscara y vestidos al uso de la corte. D.^a Blanca, D. Fernando de Haro, el

Marqués de Mirallós y el Conde de la Florida.

Música

- EL REY. —En los deliciosos días
de esté bello Carnaval
todos los dulces encantos
de la vida he de gozar
- CORO. —¡Qué alegres fiestas
preparará!
Goce en buen hora
su magestad.
- EL REY. —Versos, hermosas mujeres...
y un bufón quiero buscar
que pasar me haga los años
en eterna hilaridad.
- CORO. —¡Qué alegres fiestas, etc.

Hablado.

(El Conde-Duque de Olivares se aproxima al Rey.)

- CONDE-DU. —Señor, ante los altares
del trono yo me arrodillo. (Dobla la rodilla.)
- EL REY. Alza y siéntate, Olivares.
(Ap.) Tiene miedo el pobrecillo
- LA REINA. —Señor, ¿en nuestra presencia?...
Se opone al ceremonial ..
- EL REY. —Son muestras de deferencia...
¡Van á tratarle tan mal!
- CONDE-DU. —¡Oh qué cerca estoy del trono!
¡Tanto honor me maravilla!
¡Cielos! Mañana coronó
mis timbres con una silla.
- EL REY. —Se comienza el ejercicio.
- CONDE-DU. —Hoy triunfan los maleantes. (Ap.)
- EL REY. —Después he de hacer el juicio.

(Hace seña al portero.)

PORTERO. —Entren ya los aspirantes.

ESCENA X.

Los mismos D. Julita vestido de mujer y con antifaz.

D. JUL. —Yo soy la flor hermosa
encanto del pensil,
que viene á vuestras plantas,
señor don Amadís.
El Duque de Olivares,
egregio paladín,
de amores me requiere
tenaz sólo por tí;
que amante de novela
ha dado en perseguir
á todas las muchachas
que encuentra el infeliz;
y pródigo me ofrece
si tierna doy el sí
el oro y los diamantes
recuerdo del Brasil.

(Se descubre.)

Soy linda y hechicera:
mirad, soy una huri,
y enamorada pulso
el arpa de David,
la cítara sonora
y el dulce bandolín.
Con farsas y comedias
os puedo divertir,
que de galán y dama
alguna vez finjí
las voces y los gestos
con gracia femenil,

y canto cual la alondra
y soy un colorín
y á veces bajo á do
y á veces subo á sí
y á veces yo soy Gila
y á veces yo soy Gil;
y sé muchas historias
de amores del Sofi,
máscaras en Venecia
y guerras en Pekin

MIR.

—Mirad esos ojos.

D. FER.

—Mirad que nariz.

FLO.

—Mirad esas cejas
que pueden servir
de adorno en la frente
de algún jabalí.

MIR.

—Mirad esas manos
y luego decid
si en caso de apuro
su amante feliz
podrá en cada dedo
colgar un candil.

D. FER.

—Ni mujer ni hombre,
que es bicho ruín
y no doy por ella
seis maravedís.

FLO.

—En casa de fieras
deberá vivir
la que fiel imagen
es del puerco-espín.

D. JUL

—Yo soy la muchacha
mas bella y gentil
que hay desde Pirene

al Guadalquivir.
 Soy un angel puro,
 soy un serafín:
 las nítidas perlas,
 el oro de Ofir,
 señor, á mi lado
 son materia vil,
 que exhala mi aliento
 mares de ambar gris
 y donde yo piso
 nacen el jazmín,
 el lirio, la rosa
 y el fresco alhelí.
 Amadme, que soy
 la rosa de Abril,
 mis dientes aljofar,
 mi lábio rubí,
 mi semblante nacar,
 mi mano marfil.
 Yo sabré adoraros
 y haceros feliz,
 que para bufona
 de reyes nací.

REY. —Márchate ya: no te quiero.

D. JUL. —¿Mi belleza no os agrada?

REY. —No me den dama pasada
 y sin rostro pasadero.

CONDE-DU. —¡D. Julita es un traidor! *(Aparte.)*

D. JUL. —Ardiendo está mi semblante. *(Aparte.)*

REY. —Llamad y que entre al instante
 el segundo opositor.

(Entra Roseto vestido de un modo que imita al Conde-Duque de Olivares hasta en la corcoba.)

ROS. —Señor á tus régias plantas

serviré yo de escabel.
 Tú que el brillo del dosel
 hasta los cielos levantas.
 Augusto Cuarto Filipo,
 vencedor como Alejandro,
 amante como Leandro
 y sábio como Aristipo,
 Señor de tierras y mares,
 á tus pies mira sediento
 de honores al opulento
 Conde-Duque de Olivares.
 Mirale aquí cabiloso,
 pues se queda sin dormir
 por el afán de regir
 un reino tan poderoso.
 El se embelesa, se emboba
 pensando en tus excelencias,
 y haciéndote reverencias
 no vé crecer su corcoba.

REY. —¿Quién ha visto igual desorden?...
 El discurso es insultante.
 es agresivo. ¡Aspirante
 al orden!

ROS. —¡Señor!

REY. —¡Al orden!

ROS. —Señor, con mi tono enfático
 en este instante tan crítico
 me declaro gran político
 y eminente diplomático.
 Con mi arrojo y ardor bélico
 infundo ya terror pánico:
 me juzgan un ser satánico,
 aunque soy un hombre angélico.

Yo tengo talentó sólido,
 por eso me veis tan pálido
 y tan triste, tan escuálido,
 que casi parezco estólido.
 Antes que asome el crepúsculo
 con mis siervos entro en pláticas
 buscándoos niñas simpáticas,
 que es mi negocio mayúsculo.
 En decadencia tan rápida
 va el reino desde que un Icaro
 quise yo ser que por pícaro
 debí estar bajo una lápida.

EL REY.

—Aspirante, no prosigas.

ROS.

—Vuestra Majestad es juez...

EL REY.

—Al orden segunda vez
 y cuenta con lo que digas.

ROS.

—Yo hablaré muy en razón
 de la España y de sus glorias,
 de las insignes victorias
 recuerdo de Rosellón;
 y diré que son muy grandes,
 que de plumas y pinceles
 son muy dignos los laureles
 que recogemos en Flandes,
 ¿Y en Italia? Estoy ufano
 y á veces dudo si sueño:
 á nuestro lado pequeño
 fué César y fué Trajano.
 La América, ese pensil
 de Colón y de Cortés
 nos saluda, ya lo ves,
 con los triunfos del Brasil;
 y si un renombre inmortal

puro y sin mancha buscamos,
 por mi fe que lo encontramos
 muy cumplido en Portugal.
 Ya por todo el universo
 de la Fama en alas voy:
 la opinión dice que soy
 del Sumo Dios el reverso;
 que si Dios con su mirada
 y con su aliento fecundo
 hizo de la nada el mundo,
 yo del mundo haré la nada.

EL REY.

—Tanto escarnio ya me altera,
 ya me disgusta.

ROS.

—¡Señor!

¡Si es aplaudir!

EL REY.

—Orador,

al orden y es la tercera.

ROS.

—De mis frases importunas
 el rumor no llegará
 nunca al pueblo, porque está
 el pobre pueblo en ayunas...
 de la ventura que labra
 el Gobierno y la nación.

EL REY.

—Si es tanta tu obstinación
 te retiro la palabra.

ROS.

—Pero señor...

EL REY.

—Adelante.

CONDE-DU. —Va mal, muy mal el asunto (Aparte.)

EL REY,

—Avisad y que entre al punto (Al portero.)
 si queda algún aspirante.

ROS.

—Mandaste que la verdad
 dijera.

EL REY.

—Lo toleré.

- ROS. —Por eso yo confié
en mi inviolabilidad.
- EL REY. —Te mostraré más amor
ya que el reino es tan injusto.
- OLIV. —Gracias, pues, señor augusto.
- ROS. —Gracias, augusto señor.

(Imitando á Olivares en la voz, el gesto y la actitud. Luego se marcha.)

ESCENA XI.

Los mismos. D. Ramiro que entra en traje de mago.

Música.

- RAM. —Yo soy un hechicero,
un sábio encantador,
y tráigote dinero,
goces y risas, juventud y amor.
- EL REY. —¡Oh Dios! ¡Si fuera
todo verdad!
- OLIV. —Es un bellaco
y un charlatán.
- RAM. —Hallé la piedra
filosofal.
Soy ángel y soy diablo
y soy mortal al fin;
todas las noches hablo
con Circe la muy bruja y con Merlín.
- EL REY. —¡Oh Dios! ¡Si fuera
todo verdad!
- OLIV. —Es un bellaco
y un charlatán.
- RAM. —Hallé la piedra
filosofal.
Yo soy un Ganimedes

- y traigo un elixir
precioso con que puedes
joven y rico sin cesar vivir.
- EL REY. —¡Oh Dios! ¡Si fuera
todo verdad!
- OLIV. —Es un bellaco
y un charlatán.
- RAM. —Hallé la piedra filosofal.
Yo, señor, con mi mágica ciencia
he de hacer venturoso al país;
al momento verás la excelencia
de las artes del brujo Merlín;
y tu pueblo que mil pesadumbres
hoy llorando misérrimo está,
pronto, en vez de groseras legumbres,
la merluza y el rico faisán
mirará coronando su mesa
sobre limpio nevado mantel.
Noble, grande sin duda es la empresa;
pero es mucho mayor mi poder,
que repleto verás el tesoro
de mil joyas velando la luz,
rodará por las calles el oro
y en tu corte tendrás un Perú.
- REY, CORO. —¡Oh Dios! ¡Si fuera
todo verdad.
- OLIV. —Es un bellaco
y un charlatán.
- RAM. —Hallé 'a piedra
filosofal.
- CORO —Pero dinos, hechicero,
á nosotros qué nos das,
porque somos cortesanos

- RAM. muy amigos de medrar.
—Mi poder es tanto
que tornaros puedo
en pavos, gallinas,
perdices y cerdos.
- CORO. —¡Tristes de nosotros
si quieres cenar!
¡Oh desventurados
luego en Navidad!
- RAM. —Entonces ¿os hago
carneros ó toros?
- CORO. —No, no, porque tienen
pésimos adernos.
- RAM. —¿Cabalgar quereis
en palos de escoba?
- CORO. —Más vale un jumento
por poco que corra,
aunque nos fastidie,
nos canse y aburra
con su inalterable
paso de tortuga.
- RAM. —La más alta estrella (Señalando á Olivares.)
eclipsar podría;
la dama más bella (Señalando á D.^a Blanca.)
lograré hacer mía.
- D.^a BLAN. —Por tí late el pecho
con honda pasión;
dueño ya te has hecho
de este corazón.
- EL REY. —¡Oh, quién poseyera
tan divino encanto!
¡Oh, si el Rey pudiera
decir otro tanto!

- CORO. —Todas esas son palabras
con que quieres regalar
de los necios el oído;
pero en obras ¿qué nos das?
Admiremos los milagros
de tu ciencia singular.
Veamos tus hechos,
señor charlatán.
- RAM. —Si dudais de mis prodigios
esta duda os costará
muy caro cuando mi ciencia
probeis para vuestro mal,
y á fe que vuestros cabellos
lo habrán de experimentar.

(Extendiendo su vara y dirigiéndose al grupo de cortesanos de la izquierda.)

¡Eh... pronto... cabelleras,
volad, volad, volad;
decid á vuestros amos
que soy un charlatán.

(Quedan calvos los cortesanos pertenecientes al primer grupo, volando sus cabelleras.)

- CONDE. —¿Dónde se ha ido?
- MAR. —¿Dónde se va?
- CONDE. —Nuestros cabellos
saben volar.
- MAR. —Pelo de tonto
no tengo ya.
- CORODELA (¡Já, já, já, já!
- DERECHA. (¡Qué bueno, que lindo
está el melonar!
- CORO DE (¡Bribones, bribones
CALVOS. (burlándose están,
y ni los cabellos

me puedo arrancar.

(A los de la derecha.)

RAM. —Vosotros que haceis burla
de aquellos sin piedad
quedad al punto ciegos
dejándolos en paz.

(Quedan ciegos los cortesanos de la derecha.)

1.º —¿Qué es esto, qué es esto?

2.º —No sé donde estoy

3.º —¿Por qué tiene nubes
tan densas el sol?

4.º —No hay medios humanos
de abrir el balcón.

(Se acercan unos á otros y se dan cabezadas.)

1.º —Mira que me has dado
un golpe feroz.

2.º —Tú á mí.

1.º —Te equivocas

3.º —¡Ay! ¡que me mato!

4.º —¡Me han roto el bautismo!

1.º —¡Socorro! ¡favor! (Se sacuden.)

2.º —¡Otra testarada!

3.º —¡Otro coscorrón!

4.º —Me quitan la vida

2.º —Ampáreme Dios.

4.º —¡Soy ciego y ví estrellas!

3.º —¡Otro tolondrón!

CORO GENERAL. —Son buenas las gracias
del encantador:
vamos á dar cuenta
á la Inquisición.

RAM. —Si tal es la venganza
que tomareis de mí,
quedándoos tartamudos

corred, volad, partid.

CORO DE TARTA-
MUDOS. {—¡Vi...il vi...il vi...il!
No lo pue... no lo pue... no lo pue pue...
no lo pue... no lo puedo decir.

LA REINA. —Este mago me conviene
porque habrá de derribar
á ese duque de Olivares
mi enemigo y mi rival.

OLIV. —Este mago me conviene
pues por él he de encontrar
los secretos de la alquimia,
la piedra filosofal.

EL REY. —Este mago me conviene
porque ¿qué mujer podrá
resistir á sus hechizos,
al influjo de su imán?

RAM. —Viviré siempre en la corte
mientras logro conquistar
la mano de doña Blanca
que es de mi amor la deidad.

D.ª BLAN. —¡Quién pensára que Ramiro
se mostrase tan audaz!
Hombre que se atreve á tanto
mucho, mucho debe amar.

EL REY. —De bufón y de alquimista
en la corte quedarás
porque dignos tus talentos
son de mi gracia real.

CORO. —De bufón y de alquimista
en la corte quedará
porque dignos sus talentos
son de la gracia real.

(Cae el telón.)